



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XXXII Domingo durante el año
7- XI- 2010

Textos:

Mac.: 6, 1; 7, 1-2. 9-14.

II Tesl.: 2, 16—3, 5.

Lc.: 20, 34-38.

“Es preferible morir a manos de los hombres, con la esperanza puesta en Dios de ser resucitado por Él” (II Mac. 7, 14).

En nuestra civilización y cultura moderna, como ya en el antiguo mundo pagano, están los que piensan que con la muerte se cierra definitivamente el ciclo de nuestra existencia. La Liturgia de la Palabra, hoy nos recuerda que para la fe de cada cristiano es medular la resurrección para la vida eterna. Pero siempre me conmovió el testimonio de fidelidad a la fe de Abraham, que nos relata el II libro de los Macabeos, de esta familia que fue detenida y martirizada por el rey Antíoco, y que nos interpela, porque nosotros también estamos tentados por una cultura neopagana e invasiva. Este es nuestro combate y en el se juega la fidelidad a nuestra fe.

Desde la antigüedad – desde su fundación -, el Cristianismo no deja de ser atacado, pero no siempre del mismo modo, ni por la misma clase de adversarios, ni con las mismas armas.

La afirmación de Nietzsche no ha perdido actualidad cuando dice: “es preciso no dejar jamás de combatir al Cristianismo”. Pero quizás hoy no se nos pida que derramemos nuestra sangre para confesar al Señor resucitado, pero sí se nos pide que no neguemos la dimensión social de nuestra fe, pues la vida cristiana no debe quedar relegada al ámbito personal, privado, olvidándonos que somos el “alma del mundo” (Didaje), y levadura en la masa.

Tampoco “se trata de hacerse el valiente con fanfarronerías, sino de tener verdadero valor cristiano para exponerse” (H. von Balthasar).

Siempre se intentó encerrarnos en la sacristía, y esto caló hondo en la conciencia y criterios de los católicos argentinos, como lo demostró la encuesta que el domingo 24 de octubre publicó el diario LA NACIÓN (Supl. Enfoque).

Se acusa a la Iglesia de entrometerse en los asuntos temporales, en ocuparse y preocuparse de la legislación que atenta contra la dignidad del ser humano, y se nos pide que seamos sólo manifestación de una espiritualidad desencarnada, y neguemos el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios.

Hermanos, la Iglesia en sus hijos debe encarnarse con los riesgos que esto implica.

El episodio de los Macabeos nos recuerda que también nosotros, discípulos de Cristo, estamos viviendo un verdadero combate espiritual, una guerra de cultura, en el que “al ideal cristiano, hoy como ayer, proponen un ideal pagano. Contra el Dios que adoramos los cristianos, ponen en toda fiereza nuevas divinidades” (H. de Lubac. “El Drama del Humanismo Ateo, III”).

El neopaganismo es el gran fenómeno de nuestro tiempo. A pesar del horror y vulgaridad de las formas que reviste al extenderse, continúa absorbiendo a muchas almas nobles, a veces incluso a almas cristianas cuya ceguera preocupa y duele (Cfr. id.); basta ver la audiencia que tienen algunos programas de televisión.

Nuestro gran desafío es vivir nuestra fe en una era neopagana. Lo que necesitamos es vivir nuestro cristianismo más virilmente, más eficazmente, más fuertemente, más heroicamente.

Así como estos mártires del Antiguo Testamento, lucharon para ser fieles a la fe y las costumbres de sus padres, nosotros, si queremos permanecer fieles a Cristo, debemos rechazar con un no categórico un neopaganismo que está fundado contra Cristo.

Los mártires de ayer y de hoy, nos recuerdan que el martirio es connatural a la fe en Dios y en nuestro caso a la fe cristiana, en cuanto que esto implica atestiguar aquella verdad concreta que para el cristiano se identifica con la persona y la historia de Jesús.

El mandato del Señor resucitado es que seamos testigos en medio de los hombres; para esto debemos evitar perder nuestra identidad cristiana-católica y el legítimo orgullo del nombre cristiano, prefiriendo el anonimato; justamente a esto se negaron los siete hermanos junto a su madre y prefirieron “morir a manos de los hombres, con la esperanza puesta en Dios de ser resucitados por Él” (Mac. 7, 14), que “zafar” como hoy decimos.

Indudablemente nos conmueve la actitud digna de estos mártires judíos; pero recordemos que “la dignidad no es digna de alabanza solo porque se encuentra en los mártires, sino porque por sí misma crea a los mártires” (San Ambrosio “De servorum Dei beatificatione et Beatorum canonizatione III, 11, 7).

El otro día un dirigente de Acción Católica me decía que están por actualizar el Himno de la Institución, y quizás sea necesario, lo importante es que no pierda la reciedumbre y virilidad del antiguo himno, que el nuevo no niegue la posibilidad de caer en la batalla y negarse a recibir heridas. Sabemos que el cristiano fuerte no recibe esas heridas por su propia y espontánea voluntad. Si las recibe, es más bien para conservar o ganar una integridad mas esencial, y más honda” (Cfr. J. Piepper).

Hermanos, debemos aceptar que el cristianismo es una agonía, una lucha y en ella triunfa el que tiene fe pero sin olvidar que ello supone la virilidad, la virilidad de la fe.

Pidamos al buen Dios, que nos de fortaleza para ser fieles a su Hijo Jesús, nos libre de caer en cualquier clase de idolatría para poder dar testimonio de nuestra fe.

Amén

G. in D.